

No podía ser que tras un año dedicado a san Pablo (junio 2008 – junio 2009) no fuera ocasión para que los Cuadernos Bíblicos volvieran sobre el Apóstol de las naciones, tras una docena de números publicados durante los últimos años. Su personalidad, su época, las cartas que redactó o que se le atribuyen han sido objeto de monografías importantes. ¿Qué nueva perspectiva adoptar? Se imponía una relectura transversal: la teología de la Iglesia. En estos tiempos de turbulencias, la reflexión resulta actual. Hace más de sesenta años, en 1948, Lucien Cerfaux intentó una síntesis que fue recogida en 1965, al final del concilio Vaticano II, tras la publicación de la constitución dogmática *Lumen gentium* (cf. p. 82). El propósito es aquí más modesto y está provisto de una interrogación.

¿Por qué una interrogación? En primer lugar porque en la obra de Pablo no encontramos una eclesiología formalizada. Se va construyendo y matizando a medida de los problemas con que se encuentran las comunidades. En segundo lugar, supera el marco estricto de las llamadas cartas «auténticas». Como muestra, la inflexión, tan frecuentemente recogida después, de la metáfora de la Iglesia «cuerpo de Cristo», que atraviesa la primera carta a los Corintios, a la de la Iglesia «cuerpo» y Cristo «cabeza», que se elabora en las cartas «deuteropaulinas» (Colosenses y Efesios). Por último, el recorrido no está completo: la carta a los Romanos, aunque bien presentada en el Cuaderno n. 65 (1989), apenas se aborda, y en la conclusión. Por el contrario, las cartas a los Corintios constituyen siempre un campo de investigación privilegiado. A pesar de todo, el Cuaderno ha quedado más voluminoso que de costumbre. ¿Podía ser de otra manera?

Gérard BILLON

- **Roselyne Dupont-Roc**, laica, agregada de letras clásicas, enseña griego bíblico y exégesis de las cartas de Pablo en la Facultad de Teología del Instituto Católico de París. En particular le debemos *Saint Luc* (col. «La Bible tout simplement». París, Ed. de l'Atelier, 2003). En los Cuadernos Bíblicos ha colaborado en el n. 88 (*Vocabulario de las cartas de Pablo*. Estella, Verbo Divino, 1996) y en el n. 102 (*Los manuscritos de la Biblia y la crítica textual*. Estella, Verbo Divino, 2000).

*A la memoria de Michel Trimaille,
quien con su enseñanza
me transmitió su pasión
por las cartas de Pablo.*

San Pablo: ¿una teología de la Iglesia?

Las cartas de Pablo reflejan las apasionadas relaciones que mantuvo con las jóvenes comunidades de Asia Menor y Grecia. Solapadamente se adivinan los grandes rasgos de lo que pudo ser una Iglesia. Para no endurecer lo que Pablo no hace más que esbozar, seguiremos paso a paso algunas cartas para rescatar algunos elementos que dibujan una primera teología de la Iglesia: llamada de Dios, comunidad cuya vida es modelo para los paganos, reunión en torno a la palabra de la cruz, nociones de «templo» de Dios, de «cuerpo» de Cristo animado por el Espíritu Santo...

Por **Roselyne Dupont-Roc**

Introducción

Este recorrido por las cartas de Pablo tiene un objetivo muy preciso. No ofrecemos una investigación histórica a propósito de la vida de las Iglesias que Pablo fundó ni un estudio exhaustivo de tal o cual carta. Para ello remitimos a los Cuadernos Bíblicos aparecidos hasta la fecha¹. Al leer algunos pasajes de las principales cartas del Apóstol deseamos más bien examinar qué concepción de la comunidad cristiana está vigente.

Pablo no es un teólogo sistemático, no trata de expresar o de analizar la esencia de la Iglesia. Al contrario, sus cartas reflejan las relaciones que no ha dejado de mantener con las comunidades que ha fundado, relaciones frecuentemente tormentosas, a veces conflictivas, siempre apasionadas. La implicación del Apóstol es total con respecto a aquellos a los que llama «sus hijos», aquellos a los que dice magníficamente en la carta a los Gálatas: «¡Hijos míos, por quienes estoy sufriendo de nuevo dolores de parto hasta que Cristo llegue a tomar forma definitiva en vosotros!» (4,19).

Una relación apasionada. Cada carta tiene su perfil propio, en función del grupo destinatario, sus características y sus dificultades. El conjunto nos ofrece apreciaciones diversas sobre lo que agitaba a las comunidades recién nacidas o adolescentes. Percibimos las dolorosas crisis, a veces vitales, por las que atravesaron. Las tentaciones eran fuertes y múltiples, por

ejemplo de volverse a las observancias judías como signo y garantía de salvación (Gálatas), de evadirse mediante un conocimiento espiritual adquirido por los artificios de la retórica o incluso de despreciar a los otros como «carnales» (Corintios). Frente a las fuerzas de división que desgarraban el frágil tejido comunitario, Pablo reacciona con vigor. Fustiga con ironía y fuerza. Recalca lo esencial: la fe en Cristo crucificado y resucitado. Sugiere sorprendentes aperturas. En todos los casos recuerda al que convoca y fundamenta a las Iglesias, haciéndose todo en todos, adapta a cada situación el Evangelio del Crucificado-Resucitado.

1. Cuaderno Bíblico (= CB) n. 22, *Las cartas a los Corintios* (2006⁹), CB n. 33, *Cartas a los Filipenses, a Filemón* (2007⁷), CB n. 34, *Carta a los Gálatas* (2009⁷), CB n. 39, *La primera carta a los Tesalonicenses* (2006⁷), CB n. 51, *La segunda carta a los Corintios* (2006⁶), CB n. 65, *La carta a los Romanos* (2009⁷) y CB n. 66, *La primera carta a los Corintios* (2009⁶). Todos ellos editados en Verbo Divino (Estella).

Solapadamente se perfilan, se completan y se matizan los grandes rasgos de lo que puede ser una Iglesia de Dios en Jesucristo. Para no endurecer lo que Pablo no hace más que esbozar, seguiremos paso a paso algunas cartas; así trataremos de destacar los elementos que dibujan una primera teología de la Iglesia.

Para una cronología de las cartas paulinas

No hay que olvidar que algunas de estas cartas fueron dictadas en varias veces y que se inscriben en una correspondencia más amplia.

49:	1 Tesalonicenses
53-55:	Filipenses
54:	1 Corintios, Gálatas
55-56:	2 Corintios
58:	Romanos
60:	Filemón

Por lo que respecta a las cartas «deuteropaulinas», es mejor hablar de períodos que de fechas.

80:	Colosenses
90:	Efesios
95:	2 Tesalonicenses
95-100:	Cartas pastorales (1 y 2 Timoteo, Tito)

Carta a los Gálatas. Leeremos en primer lugar en la carta a los Gálatas la forma en que Pablo concibe y defiende su apostolado frente a aquellos que no han dejado de cuestionarlo. ¿Qué significa ser «apóstol de Jesucristo»? ¿Cuáles son las «cartas de recomendación» que tantas veces le reclamaron al Apóstol? ¿Quién es quien legitima el evangelio que Pablo quiere anunciar siempre más allá? Gálatas manifiesta bas-

tante claramente que Pablo fue de los primeros, si no el primero, en bautizar a paganos sin imponerles la circuncisión ni la observancia de la Ley judía, ya que la ardiente experiencia que tuvo del Señor crucificado y resucitado es incompatible con una limitación o una exclusión, sea cual sea. Ante Dios nadie puede invocar ningún mérito, ni siquiera el de la observancia de la Ley: bajo la gracia, el hombre carece de cualidad y nadie es superior a los otros. Así, lo que Pablo descubrió en Jesucristo fue la universalidad de una llamada que se dirige a todos y cada uno de los seres humanos, sin discriminación de raza, clase social o religión, sin exigencia de realización moral o mística, una salvación dada por pura gracia.

Cartas a los Tesalonicenses y a los Filipenses.

Recorreremos después las cartas que Pablo escribió a comunidades fundadas en ciudades griegas. Aquel que se denomina a sí mismo como «el apóstol de los paganos»² reunió y acompañó el crecimiento de comunidades ampliamente surgidas del paganismo; él, el judío educado en la estricta tradición farisea, tuvo que expresar su fe en el Mesías crucificado y resucitado en esta cultura helenística con la cual, desde hacía ya dos o tres siglos, el judaísmo había entrado en diálogo. Así, Pablo ofrece un modelo impresionante del trabajo de inculturación que será el de la misión cristiana a través de los siglos.

Nos volveremos en primer lugar hacia dos cartas que reflejan la profunda alegría y el orgullo del Apóstol an-

2. El término griego *ethné* («naciones, pueblos») se convierte en el Nuevo Testamento en un término técnico que designa a todos los pueblos no circuncidados; desde el punto de vista del judaísmo se trata, pues, de los «paganos». El término será traducido indiferentemente como «paganos» o «naciones» (tomado en sentido técnico).

te la vida nueva de un grupo cristiano: la primera carta a los Tesalonicenses y la carta a los Filipenses.

La primera, la carta a los Tesalonicenses, está toda ella bajo el signo de la acción de gracias. Pablo ofrece a la pequeña comunidad pagana de Tesalónica el don de la elección, que parecía reservado al pueblo judío, y despliega a partir de la Escritura la riqueza de las «armas» de una comunidad cristiana, a partir de ahora revestida con la misma panoplia de Dios. Esta carta nos permite entrar en la paradoja de un pequeño grupo cristiano en tierra hostil: que debe guardarse del mundo pagano que le rodea y le amenaza, a la vez que su modo de vida difunde el sonido de su fe y de la Buena Nueva que acoge.

La carta a los Filipenses irá más allá en esta afirmación del papel «misionero» de un grupo cristiano que es sedentario. Pablo fundamenta en ella la vida comunitaria basándose en la participación de todos en el misterio pascual, en el Espíritu de Cristo entregado, crucificado y glorificado.

La primera carta a los Corintios. Meditaremos seguidamente y de forma amplia la primera carta a los Corintios, la cual, más que cualquier otra, manifiesta hasta qué punto la cuestión de la unidad agitó a los primeros grupos cristianos. Para Pablo, el Evangelio de la gracia, que él tiene la misión de anunciar hasta los confines del mundo habitado, debe ser recibido; esto significa que debe tomar cuerpo y visibilidad en las comunidades, que se convertirán a su vez en testigos. Dicho de otra manera, el signo vivo del Evangelio es un signo eclesial: la realidad de las comunidades en las que los cristianos viven el rechazo de cualquier exclusión, la apertura a todos y el amor mutuo entre her-

manos. Pero, como bien sabemos, el amor del hermano es el más difícil de vivir. Y la comunidad de Corinto era aficionada a las disputas partidarias, lugar permanente de competiciones y exclusiones mutuas.

Pablo no responde en términos de organización o de gestión del grupo; por otra parte, jamás funda instituciones; al contrario, vuelve a lo esencial, invitando siempre a un regreso a lo central: en medio de la desgarrada comunidad de Corinto planta la Palabra de la cruz, invitando a contemplar a Jesucristo crucificado y resucitado.

Y puesto que los corintios no sueñan más que con realizaciones espirituales extraordinarias, Pablo les responderá en términos de «cuerpo», valorando la realidad corporal de cada cual y del grupo, como templo del Espíritu de Cristo. Después, prudente y progresivamente, esboza la poderosa metáfora de la comunidad eclesial Cuerpo de Cristo.

Cartas a los Colosenses y a los Efesios. Les corresponde a los sucesores del Apóstol haber precisado y desarrollado la imagen del Cuerpo. Un rápido recorrido por estas dos cartas deuteropaulinas, la de los Colosenses y la de los Efesios, nos permitirá calibrar la transformación del pensamiento del Apóstol que sus discípulos llevaron a cabo; la visión de la Iglesia, cuerpo del que Cristo es la cabeza, se amplía a la humanidad entera y toma a su cargo la creación. Permaneciendo fieles al mensaje del Apóstol, sus sucesores supieron ofrecer una actualización creadora en un mundo cuyas aspiraciones y sensibilidad religiosa habían evolucionado claramente. El dinamismo de la tradición se pone así en práctica dentro mismo del Nuevo Testamento.

Pablo, ¿fundador del cristianismo?

En su serie *El origen del cristianismo* (2004), G. Mordillat y J. Prieur relanzaron una antigua polémica. Recogieron tesis desarrolladas en la exégesis alemana del siglo XIX (F. C. Baur), en las que el apóstol Pablo era considerado como el apóstata, traidor a sus hermanos, promotor de un cristianismo universalista que perseguirá a los judíos durante siglos. Por el contrario, Jesús era un notable rabí judío. Su enseñanza, de una profundidad moral sin igual, y sus dotes de sanador atrajeron a las muchedumbres. Su carrera acabó en un trágico fracaso. Fue Pablo, judío cultivado de la diáspora, el que habría «inventado» el cristianismo; se habría separado del judaísmo demonizándolo y habría fundado la Iglesia cristiana.

El nacimiento de las primeras comunidades aún sigue siendo oscuro, pero la gran mayoría de los exegetas e historiadores rechazan esta concepción caricaturesca de las cosas. Todos describen la floración de pequeños grupos cristianos, por otra parte muy diversos, conforme a la experiencia que algunos habían tenido de la resurrección del Crucificado. Para todos, Jesucristo es el único «fundamento» de la nueva fe, aunque es cierto que él mismo no fundó la comunidad «cristiana» y no estableció una institución eclesial. Las primeras comunidades nacieron de la fe pascual, del «encuentro» de algunos con el Resucitado, cuyo Espíritu les empujó a salir para anunciar la Buena Nueva.

Estos pequeños grupos permanecieron primeramente enclavados en el mundo judío y se consideraron como movimientos judíos particulares que apelaban a Jesucristo. Los Hechos de los Apóstoles atestiguan la presencia muy pronto en Jerusalén de grupos cristianos que hablan arameo, guiados por Pedro y los apóstoles, pero también de grupos cristianos que hablan griego, procedentes de la diáspora, guía-

dos por los «siete», entre ellos Esteban y Felipe (Hch 6); y el texto no oculta las divergencias e incluso las tensiones entre estos grupos.

Apenas algunos años más tarde, la vocación de Pablo de Tarso dio un impulso al anuncio de la Buena Nueva a los incircuncisos, es decir, a los paganos, especialmente en Galacia y en Grecia. Pero, ¿fue Pablo el primero en bautizar a paganos? Parece que sí, aunque, según los Hechos de los Apóstoles, Pedro le habría precedido al bautizar al centurión pagano Cornelio. Y más pronto aún, algunos judíos de lengua griega, los helenistas, habrían partido a anunciar la Buena Nueva a Samaría y por los caminos del sur (Hch 8). La iniciativa sigue siendo controvertida, pero lo que es cierto es que en un momento determinado la cuestión se planteó en Jerusalén ante los apóstoles y que dio lugar a debates y a una difícil toma de decisión: es de lo que trata Hch 15 (la asamblea de Jerusalén) y Pablo lo atestigua también en Gál 2.

Todo esto muestra que Jesús no dejó consignas claras; ¿se había encontrado, por lo demás, con muchos paganos? Sus discípulos, tras la resurrección, dudaron, y fue la fuerza del Espíritu –el mismo Espíritu de Jesús– el que los condujo a decidirse por abrir la puerta a los paganos y pasar de un grupo judío a la Iglesia de las naciones. En el fondo se decidieron, movidos por el Espíritu de Jesús, por la acogida de los más alejados, los más marginados y más excluidos. En esta decisión, Pablo desempeñó un papel pionero que pone al grupo ante el hecho consumado, pero no era el único, y su visión de las cosas tuvo que ser ratificada por todos para que pudiera proseguir su camino misionero y para que el universalismo de la Buena Nueva alcanzara, siempre más allá, los confines de la tierra habitada.